DOS PRINCIPIOS ILUSTRADOS EN LAS ULTIMAS OBRAS LITERARIAS DE OLAVIDE

ALONSO SEOANE, MARIA JOSE

En el *I Congreso Histórico sobre las Nuevas Poblaciones*, en marzo de 1983, presenté una comunicación sobre un tema literario poco conocido: las novelas de Pablo de Olavide. Ahora estoy en condiciones, si no de responder todas las preguntas que plantean estas novelas, si al menos de iluminar considerablemente el tema, con descubrimientos que creo de importancia y que pueden resumirse en dos: Olavide escribió más de viente novelas (aparte de los fragmentos hallados entre sus papeles) y estas novelas estaban publicadas en España, bajo nombre supuesto, la mayoría antes de la muerte de Olavide; de esas novelas, tres de ellas[1], pero creo que más, no son enteramente originales de Olavide, sino adaptaciones de obras francesas. De todo esto traté extensamente en un artículo publicado en la revista *Axerquía*[2] y en las *IV Jornadas de Andalucía y América* en 1984[3], a los que me remito para el planteamiento del estado de la cuestión; pero pienso que es de interés dar idea aquí del contenido de esos trabajos como breve introducción al asunto concreto que nos ocupa.

Las novelas conservadas son las que bajo el nombre de Atanasio Céspedes y Monroy aparecieron en Madrid con el título de con-

junto de *Lecturas útiles y entretenidas* (los siete primeros tomos en 1800 y los cuatro restantes en 1816 y 17) y que son las siguientes: *El desafío, La paisana virtuosa, La dulce venganza, La mendiga honrada o la conversión del amor, El sol de Sevilla, Los dos amigos o los peligros de la riqueza, La huérfana, El amor desinteresado, La hermosa malagueña, La satisfacción generosa, Los peligros de Madrid, El fruto de la ambición, La presumida orgullosa, El matrimonio infeliz, El secretario filósofo, El estudiante, Los gemelos, La madre prudente, La feliz desgracia, El inconstante corregido, La familia feliz.* En la mayoría de los casos, los títulos son los mismos, con leves variantes algunos, que los que indicaba Fernández de los Ríos[4] como obras de Olavide, y, sobre todo, coinciden los textos, además de los títulos, con todos los publicados por Estuardo Núñez en 1971[5], como expuse detenidamente en el citado artículo "La obra narrativa de Pablo de Olavide: nuevo planteamiento para su estudio". Se podría añadir que en algún caso cabe la identificación de novelas con distinto título, de las que no se ha conservado otro texto que el de las *Lecturas*, a través del contenido de éste; como ocurre con *La crianza descuidada*, citada por Fernández de los Ríos, que con toda probabilidad sería *El inconstante corregido (Lecturas útiles y entretenidas)* a juzgar por el asunto que trata y las palabras del narrador al final de la novela, cuando el protagonista, ya corregido, se casa y vive feliz:

> "El Conde tuvo mucho cuidado de dar a sus hijos una *crianza* mejor que la que había recibido, y que reconocía haber sido tan *descuidada*[6]".

En las últimas obras literarias —es decir, en sus novelas—, Olavide se muestra como el hombre ilustrado que siempre fue, con especial atención a las nuevas preocupaciones que manifestó en sus escritos de esos años, sobre todo en *El Evangelio en triunfo*. Las ideas ilustradas que aparecen en las novelas dependen evidentemente de sus originales, sin que podamos determinar en el estado actual de las investigaciones, cuáles o qué formulaciones —aunque muchas llevan su sello inconfundible sean exactamente de Olavide, salvo en algunos casos. Son, sin embargo, todas ellas queridas —asumidas— por él, congruentes además con lo que sabemos de Olavide por otras fuentes no literarias, y sin duda intencionadamente seleccionadas para ser difundidas entre una juventud a la que busca enseñar y en la que de hecho influyeron, ya que las *Lecturas útiles y entretenidas* fueron muy conocidas en su tiempo[7]. Ese deseo de influir positivamente a su alrededor está en el origen de *El Evangelio en triunfo* y de *Poemas cristianos*, como indica en los respectivos prólogos; lo

que está también en el de las *Lecturas*, que cumplen además el requisito que obsesiona a Olavide —y léase siempre cuando se le cite, Olavide y sus modelos, literarios o no, puesto que son preocupaciones comunes a un sector significativo de ilustrados, no sólo españoles— que es el de ser obras que entretienen. Una y otra vez en *El Evangelio en triunfo*, Olavide expresa su convencimiento de que son los sofistas los que han dado en el clavo al elegir la forma de difundir sus ideas, porque saben ofrecer "una lectura entretenida, que la juventud y los hombres frívolos se tragan con ardor [...] porque no leen para ilustrarse sino para divertirse[8]". Olavide, utilizando el cauce narrativo, con las numerosas y heterogéneas *Lecturas* consigue el mismo efecto con opuestos propósitos: en ellas, "con el anzuelo de la diversión se introducen los principios más sanos de la virtud y las máximas del más puro moral[9]".

El contenido de las novelas es muy vario: aventuras, anécdotas o historias morales, análisis de sentimientos... En todas ellas, en mamayor o menor medida, las incidencias de la trama dan pie a observaciones de carácter ilustrado, como son la crítica de lujo, del falso honor; la conveniencia de la libre elección del cónyuge, ordenación agraria adecuada, etc., de manera que la serie forma una verdadera recopilación de ideas ilustradas, comunes a las que están en el ambiente intelectual avanzado de España y Europa; bien que, desde luego, de ilustración cristiana se trate. En el conjunto de la colección se critica el vicio pero se dedica más atención a hacer un diseño de perfecta existencia sobre los dos pilares que aquí trataremos: educación y religión que son siempre, en las novelas, educación y religión *ilustradas*.

Sin duda nada hay nuevo con respecto al anterior pensamiento de Olavide: en este sentido las novelas demuestran su continuidad, que si en conjunto parece que está fuera de duda, en estos dos temas concretos, predilectos de Olavide, son una muestra más de su fuerza y permanencia. Ningún otro tema ilustrado alcanza la notoriedad del tratamiento que Olavide les da en las novelas, igual que en *El Evangelio en triunfo*, del que prácticamente se repiten muchos razonamientos. Lo esencial de los dos temas se hace patente en la lectura de sus novelas, tanto por la insistencia en su aparición como en que haya algunas cuya tesis prácticamente se concrete en la elaboración de un modelo de educación ilustrada —de lo que debe ser o no ser la educación de los jóvenes— (*El estudiante*), o la necesidad de una adecuada formación doctrinal para que la religión tenga su fundamento y transforme real y permanentemente las conductas (*El inconstante corregido*).

La educación fue preocupación de toda la vida de Olavide y la religión ilustrada obsesión de sus últimos años, como puede verse sobre todo en *El Evangelio en triunfo*, en que si hasta en lo formal depende de sus modelos[10], no por ello es menor la sinceridad con que presta adhesión a sus ideas[11], como ocurre en las *Lecturas útiles y entretenidas*. El antiguo Asistente de Sevilla se acerca en estos principios a la inmensa mayoría de los hombres de la Ilustración española, cuyas preocupaciones, como advierte Rodríguez Casado, coinciden en tres puntos fundamentales que resumen perfectamente el pensamiento de Olavide en estas materias:

> "en primer término, la necesidad de la enseñanza de la religión cristiana, por su valor formativo y especialmente por ser la verdadera, cuyo carácter la convierte en materia prima necesaria para integrar la moral individual y colectiva, lo que no es obstáculo de que se abomine la manera antigua de exponerla, conforme a los métodos rutinarios de la escolástica decadente; en segundo lugar, la urgencia de poner todos los sistemas educativos al servicio de la nueva estructura de la sociedad, y en consecuencia de sus propios ideales; y, por último, la conveniencia absoluta de convertir, todo ello, como obligada secuela de lo anterior, en instrumento eficaz que redunde en beneficio del individuo, dándole, con la educación formativa un medio importantísimo para conseguir su felicidad humana y transcendente[12]".

Sin embargo, no hace falta acudir a modelos españoles para explicar las ideas de Olavide sobre estos puntos, porque tanto lo que se refiere a la nueva educación o a la necesidad de una religión viva e ilustrada son temas comunes entre los avanzados de la época —de hecho los tres originales que hasta el momento se conocen de sus novelas son franceses—, no necesariamente vinculadas a Rousseau en lo que se refiere a la educación[13], pues ya antes de él se observa un movimiento extendido que considera que la educación debe cambiar en sus métodos y sus objetivos para formar miembros activos y libres de la nueva sociedad[14]; y en cuanto a las preocupaciones religiosas, los ataques de los librepensadores habían conducido entre los creyentes a un auge de la apologética, frecuentemente mal conocido, pues la idea común que se tiene de la Ilustración europea es la de un período en que sobresalen los ataques a la Iglesia, siendo así que "una sola categoría estuvo representada más ampliamente que la de los tratados agresivos: la de los tratados que defendían el cristianismo[15]".

Una nueva -y perfecta- educación.

La educación es responsabilidad básica de los padres y la primera nota que se señala al hacer la etopeya de cualquier personaje[16]. Debe ser severa pero completa —incluído el viaje por Europa— y flexible, seguida muy de cerca por los padres. Siguiendo el principio ya expuesto en *El Evangelio en triunfo* de que no se debe conceder nada a los hijos por pura bondad, capricho o inoportunidad, sino sólo por la razón[17], la educación blanda no lleva más que a desastres como se ejemplifica especialmente en una novela de la serie, *El inconstante corregido*. Se parte del principio de que la naturaleza no inclina necesariamente al bien ni mucho menos[18] de manera que no hay que consentir que el niño siga sus dictados, por un exceso de amor mal entendido, sino corregirle eficazmente para que no se malogren los rasgos positivos de su carácter. "El inconstante" llega a serlo no por su culpa sino por una mala educación por parte de unos padres que no le han exigido[19].

La educación debe ser moderna, basada en el conocimiento de los niños por observación, respetando la personalidad del alumno, su espontaneidad y creatividad: nada de memoria estéril. Son las ideas corrientes en Europa[20], que los padres ilustrados de las *Lecturas útiles y entretenidas* siguen al pie de la letra[21]. Un padre ilustrado, especialmente cuidadoso, colabora con el preceptor en la educación de su hijo y del joven estudiante que se educa con él —como el filósofo desengañado de *El Evangelio en triunfo*[22]—, de manera que:

> "no olvidaba nada para despertar la sensibilidad de sus tiernos alumnos, con el objeto de poner en movimiento la interna fermentación de sus facultades y de dejar a su instinto la facilidad de desenvolverse libremente"[23].

Es él mismo el que tiene con ellos frecuentes conversaciones, les hace leer y procura discernir su vocación profesional según sus gustos y aptitudes[24]. La actitud de esos padres ilustrados es la contraria a la de los padres a la moda: en este caso recuerda, en positivo, la concreta sátira de Forner sobre la despreocupación con que los padres se desentienden de la formación de sus hijos, irónicamente expresada por éste en las palabras del prócer a su esposa:

> "Y si no, dime, ¿cómo podrías tú emplear toda la mañana en ataviar tu cuerpo, pintar tu rostro, rizar tu cabello y faxar tus pies, cosas todas precisas, precisísimas, para sostener el punto y crédito de tu nobleza, si hubieras de estar atenta al ridí-

culo negocio de hacer que tus hijos se fuesen adiestrando en los exercicios de la virtud y llegasen así a ser útiles con el tiempo a la patria? [...] ¡Disparates!, ¡sandeces!, ¡desatinos! Tú sabes, tan bien como yo, quáles fueron los motivos principales que nos induxeron a unirnos en este estado de matrimonio, y, en verdad, que el fin de los tales motivos no fue el ridículo de educar hijos[25]".

Otros padres acuden a la eficacia del cuento moral —igual que en *Las veladas de la quinta* y *Las tardes de la granja* como parte del plan de formación de sus hijos, en un contexto de planteamiento de educación directamente llevada por los padres[26]. Aunque la eficacia de los libros morales es relativa: sin la religión que dé fundamento a sus máximas, no habrá curación de raíz para los vicios que se pretenden extirpar, quedándose en superficiales virtudes, eso sí, absolutamente modernas, específicas de la época:

"Cuando exhortan un poco a la beneficencia, a la amistad, a la decantada filantropía y al cumplimiento de ciertos deberes naturales: piensa haberlo hecho todo, pero jamás predican ni la reforma del corazón ni la victoria de las pasiones[27]".

La educación debe ser completa, evitando la "educación de caballeros"[28], es decir, meras formas externas sin formación ni ciencia moderna de ningún tipo. Tampoco la educación de la mujer debe estar limitada a las labores propias de su sexo, sino que debe dársele una completa formación doctrinal y moral[29].

Una de las novelas, *El estudiante*, está específicamente dedicada al tema de la educación, con una crítica de la enseñanza al uso en las Universidades de la época y la propuesta de una educación moderna. En la novela, los condes de Salmerón coinciden en un camino con un estudiante manteísta, Ramón, que les parece de bueno y generoso natural pero de una pedantería e ignorancia extremas. No consiguen hacerle hablar más que en latín, y cuando por excepción, acude al castellano, es peor:

"Entonces la Condesa vuelve a decir al estudiante: amigo, ¿cómo no te haces cargo de que pierdes conmigo tu latín? Háblame español y ven a comer.

El buen sentido de Ramón le hizo comprender que había hecho una necedad, y que para repararla era menester hablar español, y hacer un buen cumplido; pero el pobre que no sabía los estilos del mundo, se acordó de su Homero y Virgilio, y con un tono enfático le dijo: ¿cómo puedo atreverme a hablaros, cuando no os veo nada mortal? Vos seréis ciertamente o ninfa o diosa. Los

Condes se reían como locos[30]".

Después de sondearle, el ilustrado conde vio confirmadas sus teorías acerca de la anacrónica educación que ofrecían las universidades españolas de la época:

> "fortificó con su ejemplo la mala opinión que tenía de los estudios públicos. Ve aquí, se decía, cómo los colegios y universidades malogran las mejores disposiciones naturales. No hacen más que cultivar la memoria; pero malbaratan el talento, pervierten el juicio y hacen ridículas todas las modales exteriores. El buen Ramón le daba a todos instantes ocasión de confirmar este concepto, porque no podía contenerse en vomitar latín, y no sabía hacer una frase española correcta, ni daba a sus expresiones una significación exacta. Se veía que tenía alguna tintura de la historia antigua y que había leído a Justino y Tito Livio. Sabía muy bien, por ejemplo, que Filipo fue hijo de Amintas y padre de Alejandro; pero cuando se habló de historia española, hizo ver que no sabía nada. Creía que Felipe cuarto era padre de Felipe quinto y que Carlos tercero era hijo de Carlos segundo. El Conde le tanteó en todos los otros estudios que le parecían necesarios y que ya debía saber a su edad; pero en todos le halló la misma ignorancia. Ni siquiera sabía distinguir los nombres de las principales capitales de Europa: menos los límites de los reinos, y los que se les acercan o separan; en una palabra, la menor idea de geografía; y no podía concebir cómo podía salir de una universidad un joven que estaba lleno de talento, y que se decía haber acabado sus estudios, sin sacar la menor tintura de geofrafía, historia y literatura. Le habló también de la poesía, y tampoco conocía ninguno de nuestros buenos poetas, ni jamás había hecho un verso español: en recompensa hacía muchos versos latinos con infeliz facilidad. El conde deploraba este abuso y se decía: ¡que bien hice en no poner a mi hijo en un colegio[31]".

No son otras las ideas de los ilustrados españoles cuyas luchas por la reforma de las Universidades son conocidas[32], absolutamente relacionadas con las tendencias generales europeas[33] que exigían el abandono de la escolástica y un nuevo *curriculum* acorde con los adelantos científicos del siglo.

Hay en *El estudiante* un eco evidente de esas opiniones y, en concreto, de algunos aspectos del *Plan de Estudios* presentado por Olavide[34] para la Universidad de Sevilla, en que fustiga con apasionadas exprexiones lo que él llama espíritu de partido y escolástico, con el que las Universidades se han convertido:

"en establecimiento frívolos e ineptos, pues sólo se han ocupado en cuestiones ridículas, en hipótesis quiméricas y distinciones sutiles, abandonando los sólidos conocimientos de las lenguas prácticas, que son las que ilustran al hombre para invenciones útiles, y despreciando aquel estudio serio de las sublimes, que hace al hombre sincero, modesto y bueno, en vez de que los otros, como fútiles e insustanciales, lo vuelven sólo vano y orgulloso [...][35].

Religión.

La religión es el otro pilar, el definitivo, para la virtud y consiguiente felicidad del hombre. Es evidente que no es ése el motivo de la importancia de la religión, pero sí se insiste en su influencia beneficiosa decisiva en las conductas:

"porque la religión es la única filosofía que puede domar el corazón del hombre y las verdades eternas superar las pasiones[36]".

La preocupación por el tema, salvando las distancias por la variada naturaleza de las dieciocho novelas de las *Lecturas útiles y entretenidas*, tiene mucho que ver con *El Evangelio en triunfo*, a fin de cuentas una extensa novela epistolar en la que se narra la conversión de un filósofo; obra a la que tendremos que hacer continuas referencias al tratar esta materia, empezando por el idéntico planteamiento que hace de Ilustración cristiana[37]. En general, dos son los puntos —exactamente igual que en *El Evangelio en triunfo*— en que se centra la atención de Olavide: la lucha contra las doctrinas "ateístas" del siglo y la necesidad de que la religiosidad sea ilustrada.

Defensa de la religión contra los filósofos del día.

La fe en Dios es esencial y de este principio parte una crítica muy severa a cuantos por frivolidad o maldad la arrancan de los corazones; crítica global y concreta a los filósofos a la moderna, causa de la corrupción de los jóvenes, como se ejemplifica en *Los peligros de Madrid*[38] y a la que se dedica una completa novela de tesis: *El secretario filósofo*. En ella, el Marqués de Moncada acepta a un joven ingenioso y despierto como su secretario, sin cuidarse de su carencia de principios religiosos. Don Alberto, su amigo, le aconseja en contra: él ha estudiado al secretario y se ha dado cuenta

de que es un filósofo a la moda, un espíritu fuerte, un volteriano que no dejará de darle disgustos[39]. En la novela se encuentra libertinaje y ateísmo inseparables, criticismo corrosivo, influencia demoledora de los sofistas de la época, como ya había aparecido en *El Evangelio en triunfo*; a través sobre todo de los libros ingeniosos, superficiales pero brillantes y entretenidos, desesperación de los apologetas cuyos extensos tratados irrefutables no cumplen su función porque no se leen[40]. Don Alberto intenta inútilmente convencer a su amigo para que despida a su "secretario filósofo", apelando a motivos no demasiado elevados pero convincentes, como es el freno que supone la existencia de otra vida para las malas pasiones de ésta[41]. Pero todo es inútil y las consecuencias son trágicas en la novela: el secretario acaba por inducir al asesinato al Marqués, que da muerte por celos a su mujer embarazada y a un primo de ella, y un hijo suyo de un primer matrimonio mata al secretario y muere después ajusticiado. Ese es el ejemplo práctico de lo que Olavide piensa de la fe como fundamento de la moralidad, como expone retóricamente en otra de sus novelas, *El desafío*:

> "Así todos los que desfiguran o debilitan el influjo de los principios religiosos, son públicos empozoñadores, que no hacen otra cosa que exhortar a los vicios y facilitar todos los medios del desorden. Son maestros de iniquidad, que tienen escuela abierta de soberanos injustos, de tiranos crueles, de mujeres impúdicas, de amigos falsos, de criados traidores, de ladrones asesinos y perturbadores, tanto de la paz doméstica como de la pública tranquilidad. En fin, son monstruos execrables, que con una rabia maligna quieren ser fecundos y producir otros monstruos tan horribles como ellos[42]".

El Marqués de Moncada, tan tolerante, se "desengaña" y convierte, en circunstancias similares a las del "filósofo" de *El Evangelio en triunfo*[43] y del propio Olavide, a quien la Inquisición puso al cuidado de un prudente director que le enseñaría todos los días la doctrina católica y le guiaría hacia distintas prácticas de piedad[44] (Es curioso que el único texto recomendable de formación religiosa que se cita en las novelas sea el de las obras de Fray Luis de Granada[45], lectura obligatoria también para Olavide después del *autillo*). Al fin y al cabo, la novela no termina mal del todo. Y queda implícita la advertencia de Olavide en el prólogo de *El Evangelio en triunfo*: "Que lean y vean la diferencia del Filósofo incrédulo al Filósofo cristiano[46]".

Cristianismo ilustrado.

La influencia de los librepensadores del siglo no sería apenas nada si no fuese por un enemigo mayor: la ignorancia Postulado este principio con ardor en *El Evangelio en triunfo*[47], se repite con notable insistencia en las novelas de las *Lecturas útiles y entretenidas*. La fe debe apoyarse en un conocimiento sólido no sólo de sus verdades sino de los motivos de credibilidad: piedad ilustrada, fe y razón, de cuya sincera conciliación en el ánimo de Olavide no cabe duda en los años en que se supone escribe las novelas, en los que tiene como objetivo deseable escribir un libro que exponga racionalmente los fundamentos de la fe de modo asequible —un manual de apologética—; a la vez que contamos con el testimonio de su amigo Dufort de Cheverny acerca de la "devoción española de Olavide, hecha de anhelos religiosos, de suspiros y atribuyendo todo a la Providencia[48]".

Si la piedad debe ser necesariamente ilustrada, el estudio de la doctrina que la fundamente es igualmente necesario. Por eso, como remedio para muchas situaciones de la vida, en las *Lecturas útiles y entretenidas* se recomienda el estudio en profundidad de las razones para creer en la fe católica y luego los fundamentos teológicos. Se señalan reiteradamente la posesión[49] o carencia[50] de estos conocimientos; por otra parte, no puede limitarse el estudio de la religión a las nociones vagas de la infancia[51]: "La madre prudente", una de las principales promotoras de este estudio en las novelas, está persuadida "de que las débiles ideas de la religión que se nos dan en la infancia, son muy flojas y no nos dejan impresiones vivas que produzcan efectos felices[52]". Por tanto es necesario irlas ampliando al compás del crecimiento intelectual del niño hasta llegar a su plenitud en la edad adulta[53].

Estos estudios se consideran infalibles y rápidos: los paganos (como vemos en *Los gemelos* y *La hermosa malagueña*) se convierten al realizarlos[54] y los cristianos renuentes desarraigan sus defectos, tesis a la que están consagradas dos novelas de la serie: *La madre prudente* y *El inconstante corregido*. El auge de la apologética dieciochesca, en la que dominan la presuasión, la caridad la dulzura[55], se evidencia en estas novelas, sobre todo en las de ambiente oriental, en que las conversiones de musulmanes se deducen ingenuamente del poder convincente de la pura razón[56].

Para cristianos ignorantes y para conversos, las consecuencias de un conocimiento fundado de la religión, además de inmediatas son notorias y redundan en el bien común al sanar de raíz los vicios,

convirtiendo al sujeto en modelo de virtudes individuales y sociales; recorriendo a la inversa el camino que había llevado a un estado deplorable a la nobleza[57]:

> "y en realidad apenas acabó la lectura primera, cuando quedó convencido de la verdad de la religión: y penetrado de su espíritu, parecía un hombre diferente. Su porte era más mesurado, su aire más modesto[...] Ya empezó a repartir entre sus criados los vestidos que tenía de más lujo: había dado orden de hacer un coche muy brillante, y lo suspendió [...][58].

La admiración de Olavide por la apologética, móvil y principal objeto de *El Evangelio en triunfo*, se mantiene en las *Lecturas útiles y entretenidas*, en que reaparecen los motivos principales del tema aunque como es lógico, sin la misma extensión y profundidad. La fuerza de los argumentos racionales es el eje de todo el estudio de la religión:

> "Don Adrián empezó por explicarle el plan y el objeto de su cuaderno, que era probarle con hechos incontestables y evidentes, de que la razón no puede dudar, que la religión cristiana viene de Dios[59]".

que debe explicarse de manera sistemática[60], supliendo o, mejor dicho, completando, los estudios iniciales de catecismo; deseo que se indica en *El Evangelio en triunfo*[61] y se repite en las *Lecturas útiles y entretenidas*[62]. Se consigue así un mayor aprecio de la misma religión, pues se conoce ésta en toda su hermosura, "desembarazada de toda idea supersticiosa[63]" y sobre todo es entonces, al convertirse la fe recibida por tradición en convencimiento personal[64], cuando se hace absolutamente indesarraigable y fuera del alcance de los modernos enemigos que no pueden ya más oponer razón a razón:

> "Don Adrián se asombraba de su talento y perspicacia. Pero mucho más se admiraba de su sensible corazón, porque a medida que iban entrando en materia y que le descubría alguna de las evidentes pruebas que ella ignoraba, algunos de los misterios que no había comprendido o algunos de los monumentos que existen todavía y que son documento irresistible de la religión; su corazón se inflamaba, sus ojos se cubrían con lágrimas de admiración y exclamaba llena de entusiasmo: ¿Y por qué no nos enseñan estas cosas? ¿por qué no se escriben en todos los libros para que todos los aprendan? ¡Ay, Dios mío! ¡Cuántas cosas hay que yo ignoraba, y que son tan dignas de saberse! De nada sirve el saber cuando no se sabe esto[65]".

Como conclusión puede decirse que en las novelas de las *Lecturas útiles y entretenidas* se encuentran expresas las ideas ilustradas de Olavide, plasmadas en *El Evangelio en triunfo*, que corresponden a la última etapa de su vida —aunque algunas de ellas ya se daban con anterioridad— y que están en perfecta consonancia con los criterios de los católicos ilustrados del momento; sin duda españoles, pero también franceses y quizás éstos influyeron más en él por las circunstancias de su vida de todos conocidas. De este conjunto de ideas, dos de ellas, educación y religión ilustradas, que hemos analizado, constituyen el centro de las preocupaciones de Olavide; son de hecho las que más en profundidad se tratan y este interés no es raro si se piensa que sin ellas no hay nada que hacer en el camino ilustrado tal como lo concibe Olavide: en ellas está la raíz de esa nueva Ilustración, la perfecta y deseable Ilustración cristiana tal como la soñara el autor de *El Evangelio en triunfo*.

(1) *Los peligros de Madrid* es adaptación de *Guermeuil*, de Baculard d' Arnaud; *El fruto de la ambición* de *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura*, de Pierre Blanchard; y *El amor desinteresado*, de *Ernestine*, de Madame de Ricoboni.

(2) "La obra narrativa de Pablo de Olavide: nuevo planteamiento para su estudio", *Axerquía*, n° 11, 1984, págs. 11-94.

(3) "Los autores de tres novelas de Olavide", *Actas de las IV Jornadas de Andalucía y América*, t. II, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1985, págs. 1-22.

(4) *La Ilustración Española y Americana*, n° XI, 1875, pág. 191.

(5) Pablo de Olavide, *Obras narrativas desconocidas*, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971.

(6) Atanasio Céspedes y Monroy, *Lecturas útiles y entretenidas*, t. X, pág. 332; el subrayado es mío. En adelante citaré los textos de Olavide, actualizando la ortografía y puntuación, por esta edición, indicando solamente la novela a la que corresponde la cita, el tomo y el número de página.

(7) Paula de Demerson las incluye en su *Esbozo de biblioteca de la juventud ilustrada (1740-1808)*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1976. Véase también J.F. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, Madrid, Castialia, 1972 (3ª ed.), pág. 44.

(8) *El Evangelio en triunfo*, Valencia, Hermanos de Orga, 1797, t. I, pág. 83.

(9) t. I, pág. 8.

(10) Cfr. M. Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803)*, París, Presses Universitaires, 1959, pág. 454.

(11) Cfr. *id.*, ib., pág. 453. Defourneaux se reafirmó en esta idea en escritos posteriores (véase, por ejemplo, "Pablo de Olavide: Nouvelles recherches", *Caravelle*, n° 17, 1971, pág. 130.

(12) "El intento español de 'Ilustración Cristiana", *Estudios Americanos*, IX, n° 42, 1955, págs. 155-6.

(13) No hay que olvidar que aunque se muestre de alguna manera influenciado hata el final de su vida por la filosofía de las *lumières* (cfr. Defourneaux, "Pablo de Olavide: Nouvelles recherches", art. cit., pág. 130) rechaza expresamente el conjunto de la propuesta pedagógica de Rousseau (véase El Testamento del Filósofo, publicado por Manuel Capel enLa Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones, Jaén, C.S.I.C., 1970, págs. 288-9).

(14) La obra de Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII* (cito por la edición española, Madrid, Guadarrama, 1958), puede servir de contrapunto a las ideas ilustradas de Olavide en las *Lecturas útiles y entretenidas*: en él me referiré en este sentido frecuentemente. Véase para las teorías sobre la educación el capítulo VI de la segunda parte, págs. 249 y ss.

(15) *Id.*, *ib.*, pág. 112.

(16) "Como era hijo único [...] su padre le había destinado únicamente para sucederle y le había dado una educación correspondiente, haciéndole instruir en toda especie de ciencias". (*El desafío*, t. I, pág. 29). "se distinguía de todos los jóvenes de su tiempo tanto en la política y en las ciencias exactas". (*id.*, *9b.*, pág. 30).

(17) Cfr. *El Evangelio en triunfo*, t. IV, pág. 106).

(18) "En efecto, todos nacemos con inclinaciones depravadas, que naturalmente propenden a darse gusto, a procurarse sensaciones dulces y a no hacer sino lo que dicta el capricho". (*El inconstante corregido*, t. X, págs. 291-2).

(19) "Es verdad que echaba a perder todas estas buenas cualidades con sus ligerezas, caprichos, inconstancias y veleidades; pero nada de esto era suyo, nada de su carácter. ¡Cuántas veces dije a sus padres: señores, cuando este niño hubiera nacido un ángel, vosotros lo haréis un demonio con vuestras mal entendidas complacencias y una crianza tan lisonjera y consentida!" (*id.*, *ib.*, pág. 291).

(20) Cfr. P. Hazard, *El pensamiento europeo...*, ob. cit., págs. 251 - 4.

(21) "Cuando el mal tiempo o su propio gusto, lo tenían sólo en el recinto de su propia familia, no perdía porque entonces observaba a sus hijos y en la libertad de sus movimientos o en la sinceridad de sus discursos, se aplicaba a estudiar sus inclinaciones y carácter". *La familia feliz*, t. XI, págs. 40-1.

(22) T. III, págs. 321-2.

(23) *El estudiante*, t. VII, pág. 181.

(24) Cfr. *id.*, *ib.*, págs. 180-1.

(25) Juan Pablo Forner, *Los gramáticos. Historia chinesca*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, págs. 18-9.

(26) "Ellos mismos les habían enseñado a leer y escribir: Doña María Antonia había instruído a Margarita en todas las labores de su sexo y Don Sebastián a Ramón en la latinidad y lo demás que él sabía, pero sobre todo, uno y otro habían grabado desde temprano en sus tiernos corazones la doctrina de la religión y los principios de la virtud. Ellos se lo sabían pintar con colores agradables y vivos; y la recreación de buenos ejemplos con que inflamaban sus todavía inocentes almas, con ellas al mismo tiempo que los entretenían, les enseñaban todo lo que aconseja la religión y el honor, y lo que se debe hacer en los casos estrechos. Los instruían a temer las pasiones y el modo de vencerlas; en fin les inspiraban amor a la virtud y horror al vicio: este género de crianza no es común y es lástima, porque es el más activo para formar los corazones de la juventud. "(*El estudiante*, t. VII, pág. 113.

(27) *El incostante corregido*, t. X, págs. 314-5.

(28) *El Evangelio en triunfo*, ed. cit., t. III, pág. 310.

(29) "se puede asegurar sin temor, que todas las muchachas que estén ociosas han de acabar no sólo por ser inútiles y despreciables, sino las más veces por ser disipadas y viciosas. Pero no basta ocuparlas en cosas útiles y agra-

dables, es menester también cultivarles el espíritu y arreglarle las ideas con los grandes principios de la religión y el buen moral". *La feliz desgracia*, t. IX, pág. 172.

(30) *El estudiante*, t. VII, págs. 129-30.

(31) *Id.*, ib., págs. 139-41.

(32) Cfr. F. Aguilar Piñal, *La Universidad de Sevilla en el siglo XVIII*, Sevilla, Universidad, 1969 y A. Alvarez de Morales, *La Ilustración y la reforma de la Universidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, Pegaso, 1979 (2ª ed. aum.), entre otros.

(33) Cfr. P. Hazard, *El pensamiento europeo...*, ob. cit., pág. 254 y ss.

(34) En este sentido, las novelas muestran una continuidad en el pensamiento de Olavide en lo que respecta a la enseñanza superior. No debe esto confundirse, creo, con un cambio de ideas —como defiende Dufour— referente a una educación elitista en los años anteriores a la Revolución francesa y una educación como derecho para todos en *El Evangelio en triunfo*; entre otras cosas porque no hay tal cambio, ya que por una parte se refiere a niveles de enseñanza distintos (Escuelas de primeras letras en las Nuevas Poblaciones y en el lugar de *El Evangelio en triunfo* y Universidad en el *Plan de Estudios*) y por otra no es la misma la educación que el Filósofo desengañado proyecta para sus hijos y la enseñanza que deberá dar el nuevo maestro del lugar a todos los niños de allí, aunque se le añada a las preceptivas Doctrina Cristiana, leer, escribir contar, algo de Dibujo. (Por cierto, la palabra *idiota* referida al maestro anterior, ue Dufour dice no encontrarse más que en manuscrito y haber sido objeto de la edición de *El Evangelio en triunfo* que yo manejo —la ya citada de Valencia, Hermanos de Orga, 1797, t. IV, pág. 140). Cfr. G. Dufour, "Du *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla* (1768) à *El Evangelio en triunfo* (1797), une même préoccupation d'Olavide", *Revue des Langues Neo-Latines*, 1972, vol. 202, págs. 34-44.

(35) "Así es que este estudio de las Universidades empieza por pervertir el entendimiento, y el primer oficio que hace a todo estudiante es obligarle a perder aquella lógica justa y natural con que nace todo hombre dotado de mediana razón [...] Y ojalá que sólo fueran inútiles; lo peor es que son perjudiciales porque salen los jóvenes con la razón pervertida, con el gusto viciado y con el juicio acostumbrado a raciocinios falsos". (Pablo de Olavide, *Plan de Estudios para la Universidad de Sevilla*, ed. de F. Aguilar Piñal, Barcelona, Cultura Popular, 1969, págs. 81, 86 y 88 respectivamente).

(36) *El inconstante corregido*, t. X, pág. 311.

(37) Repetidas veces se insiste en la síntesis que trata de hacer realidad el Filósofo desengañado: en concreto, refiriéndose a sus hijos, afirma "Mi ánimo es darles una educación ilustrada pero cristiana". (*El Evangelio en triunfo*, t. IV, pág. 85).

(38) Sigue de cerca el original francés en sus ideas sobre los filósofos modernos, su falta de principios, etc.

(39) "y he reconocido que en substancia es ignorante, que ha tenido mala crianza, que no sabe los principios de la religión y del moral, que toda su lectura se reduce a la de estos libros modernos y pervertidores, que le han vicia-

do las ideas y corrompido el juicio, no dejándole en el alma ni un rastro de Religión ni aún el menor vestigio de los principios del honor.

Obsévale como yo he hecho, y verás que no sólo es un mozo disoluto, sino que afecta y tiene la pretensión de ser uno de estos brillantes filósofos a la moderna, que sin más instrucción de la que han recibido de su práctica [*sic*] Voltaire (única biblioteca de estos ilustrados a la moda), y con algunos librillos de la misma especie, pero con una gran dosis de arrojo y desvergüenza, se atreven a hablar y decir de todo, sin que los pueda detener lo más respetable y sagrado. (...) no dejan de dar a entender con bastante claridad, para el que sabe entenderlo, que ellos son espíritus superiores, que no dan en las ridículas opiniones del vulgo, y que su ilustración está por encima de lo que llaman preocupaciones de la educación y la niñez".

El secretario filósofo, t. VII, págs. 14-5.

(40) Cfr. *El Evangelio en triunfo*, ed. cit., t. I, págs. 48-9 y 55-6; t. III, pág. 302 y *passim*.

(41) "Escúchame, amigo: yo no he podido concebir hasta ahora la insensata pretensión de los filósofos de nuestros días, que aspiran con una rabia frenética arrancar de los corazones todas las ideas de religión. Yo quisiera que me dijeran, ¿qué es lo que esperan ganar, y si ellos mismos no tienen el mayor interés en que sus amigos y criados tengan la idea de una vida futura en que se recompensarán las virtudes y se castigarán los delitos? Porque desde cualquiera de ellos se llegue a persuadir de que no hay nada después de esta vida, si son consiguientes, deben inferir que todas las acciones son indiferentes; y en este camino ¿qué deben buscar sino satisfacer sus pasiones, pues ellas los deben impeler a contentar sus gustos sin ningún freno que pueda detenerlos? " *El secretario filósofo*, t. VII, pág. 19.

(42) T.I, pág. 23.

(43) "Pero Dios que trabajaba por convertir esta alma, le hizo venir a Don Alberto, y éste mostrándole las verdades eternas, le hizo abrir los ojos y le enseñó el remedio. Después le condujo a un Director prudente y el cielo tocó su corazón. Entonces sintió que los delitos no pueden expiarse sino por el castigo o el arrepentimiento. Se volvió a Dios y se acogió a la última tabla de penitencia". (*El secretario filósofo*, t. VII, pág. 109).

(44) Cfr. M. Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado...*, ob. cit., pág. 362.

(45) Cfr. *id.*, *ib.* y V. Castañeda, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. XX., 1916, pág. 99.

(46) E. cit., t. I, pág. XIV.

(47) "[...] sí: esos [Voltaire, Rousseau y demás filósofos del día] son monstruos perversos, furias que se han escapado del infierno para corromper al mundo. ¡Qué daño han hecho! ¡Desdichado el incauto que los lee sin estar bien instruido!" (t. IV, págs. 56-7); "No era difícil conocer, que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos sofistas... Pero aunque ésta fuese la causa principal, yo creí descubrir otra más inmediata en la ignorancia de los Pueblos. Poco instruidos de su religión; nada ente-

rados de los fundamentos que persuaden de su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se les hacían", (t. I, pág. V).

(48) Cfr. M. Defourneaux, "Pablo de Olavide, un afrancesado en el siglo de las luces", *Estudios Americanos*, n° 100, 1960, pág. 44.

(49) "que Florencia, muy bien educada por su padre, era cristiana por una convicción íntima, que sabía todas las pruebas de la religión, que estaba tan penetrada de su evidencia como encantada de su moral... (*La hermosa malagueña*, t. IV, pág. 51).

(50) "El Marqués nunca se había detenido en profundizar los principios de la religión ni había sentido las ventajas de la vida cristiana... Su escuela había sido la del siglo, y había adoptado todas sus máximas. No conocía más Dios que el honor del mundo: ésta era su única religión y la adoraba con idolatría" (*El secretario filósofo*, t. VII, pág. 108).

(51) Cfr. *El Evangelio en triunfo*, ed. cit., t. I, págs. 3-4.

(52) *La madre prudente*, t. IX, págs. 15-6.

(53) *Id.*, *ib.*, págs. 16-7.

(54) Contando, desde luego, con algo tan ilustrado como la óptima disposición de estos hombres —Hazan, Selim ajenos a la civilización cristiana pero que siguen a la perfección la ley natural.

(55) Cfr. P. Hazard, *El pensamiento europeo...*, ob. cit., págs. 114 y ss.

(56) "Lo que te pido es que examines mi religión, que la compares con la tuya y con todas las otras; que te enteres de las pruebas y de la moral de cada una; y si después de este examen no quedas convencido de que la mía es la única buena, no mudarás la tuya [...] Pero es imposible que tu razón tan despejada no vea desde luego la diferencia, y no se rinda a las evidentes demostraciones con que Dios la ha dotado". *Los gemelos*, t. VIII, pág. 123.

(57) Cfr. *El Evangelio en triunfo*, ed. cit., t. IV, pág. 302.

(58) *El inconstante corregido*, t. X, pág. 320.

(59) *Ib.*, pág. 298.

(60) Olavide insiste en la necesidad de "un libro conciso, con un método claro y en estilo simple" (*El Evangelio...*, ed. cit., t. I, pág. VII) por el que afirma que hubiera dado su vida "por tener las luces y el talento suficiente para formar un libro tan precioso, tan necesario [...]" (*ib.*, t. I, pág. VII). Sin duda Olavide lo intentó, sin que pudiera terminarlo, en el *Testamento del filósofo*.

(61) Cfr. ed. cit., t. IV, pág. 318; t. I, pág. VI.

(62) "Con este estudio habréis aprendido, señor, lo que debéis creer, pero no los motivos y las irresistibles razones que existen para creerlo: y cuando las sepáis, veréis que entonces lo creéis con más luz, con más firmeza, y de un modo más eficaz y activo, que no sólo forzará vuestra fe, sino que la ilustrará, y le dará una influencia tan poderosa que será el farol con que alumbraréis todas vuestras acciones. Con este motivo, le explicó la preferencia que merece la fe esclarecida que penetra el corazón, a la fe ignorante y lánguida que sólo se queda por defuera; y el buen talento de Faustino

comprendió las ventajas". *La madre prudente*, t. IX, págs. 27-8.

(63) *Ib.*, pág. 25.

(64) "Tu la crees porque naciste y te criaste en ella. Muchos cristianos creen la suya por los mismo motivos. Yo tengo la ventaja de que me han demostrado su verdad; por consiguiente tú eres musulmán por tradición y yo cristiana por convencimiento". (*Los gemelos)*, t. VIII, pág. 121.

(65) *El inconstante corregido*, t. X, pág. 301.